

gun es costumbre, antes de transigir se colocaban en los términos estrechos, pero Mr. de Talleyrand, siempre eludiendo las dificultades por indolencia y tambien por desamor á las disputas, no era idóneo para promover entre los opuestos partidos una conciliacion necesaria. Les dejaba disputar á su sabor y aguardaba una solucion cualquiera que fuese de su reciproca fatiga.

Otro personaje habia, de cuya llegada á París ya hemos hecho mencion, el duque de Otranto, que, lejos de rehuir el trabajo le buscaba anheloso, y que preferia sobre todo lo demás el movimiento, la intriga, cuanto le diese importancia, y que sentia mas amargamente que se le hubiese escapado el primer papel á causa de su ausencia. Despues de volver anunció su presencia clamando sin rebozo contra el tratado de 14 de abril, y con indefinible alegría vió en la cuestion suscitada entonces un campo adecuado del todo á su actividad bulliciosa y osada. Por supuesto abundaba en el dictámen de que el Senado se aplicase á ligar á los Borbones, en su calidad de regicida lo necesitaba mas que otroalguno; pero conocia el embarazo de este cuerpo, le queria sacar del atasco, prestando á la par á los Borbones un servicio de que se pudiese prevaler para hacer á su lado una de las principales figuras. Mucho mas á propósito era que Mr. de Talleyrand, para superar la dificultad presente, por tener mas fecundidad de recursos, por recelar menos ponerse en evidencia, y por manejar mejor la intriga en el seno del Senado. Introduciéndose por todas partes casi se habia establecido entre el gobierno provisional como uno de sus individuos, y Mr. de Talleyrand, por con-

templarle y servirse de su persona, no le habia hecho la oposicion mas leve.

De la calle de San Florentino se habia trasladado el gobierno provisional detras del conde de Artois al palacio de las Tullerías, sin cerrar mejor sus puertas, y continuando en dejarlas de par en par á los oficiosos, á los prodigadores de consejos, á los pretendientes y hasta á los desocupados. Con anhelo se aplicaba á discutir entre cierto número de senadores la cuestion importante del momento acerca del titulo que tomaria el conde de Artois para gobernar á la Francia, y en nombre del principe hacia valer Mr. de Vitrolles los derechos de la legítima soberanía, cuando con cierta mezola de vulgaridad, de aplomo y de buen sentido, se levanto Mr. de Fouché de repente y dijo á las claras á Mr. de Vitrolles que no penetraba lo que tenia entre manos, declarando que efectivamente convenia que el conde de Artois fuera investido con el titulo de lugarteniente general del reino, si bien recibéndolo del Senado, que le daria la investidura cuando el principe contrajese un empeño cualquiera en punto á la constitucion senatorial. Mr. de Vitrolles alegó la falta de poderes, como que el conde de Artois no habia tenido tiempo de pedir que para aceptar la constitucion le autorizase el soberano. Muy de pasada rebatió Mr. Fouché el argumento y expuso que la dificultad que embarazaba á Mr. de Vitrolles no era de ninguna monta; que sin duda el conde de Artois conocia bien á Luis XVIII su hermano, y su manera de pensar de igual modo, y que por tanto, de lijo podia hacer sus veces y declarar que instruido de sus intenciones se hallaba seguro de que



aceptaria la constitucion del Senado, si no en todos sus términos, á lo menos en sus principales bases. No se detuvo Mr. de Fouché en este punto y sobre la marcha ideó una redaccion que, aparte de los términos y con libertad para modificarlos mas ó menos ampliamente, significara un verdadero compromiso moral respecto de la constitucion, sin que se suscitase la dificultad de la falta de la autorizacion del soberano. Segun su plan se trasladaria el Senado al palacio de las Tullerías, donde el conde de Artois leeria la declaracion concertada, y despues de esta lectura el Senado investiria al príncipe con la lugartenencia general del reino. —¿Y quién puede afirmar, preguntó Mr. de Vitrolles, que el Senado acepte este ajuste?—Yo, respondió Mr. Fouché con su habitual aplomo.—Mr. de Vitrolles, que nunca habia visto á Mr. Fouché, parecia como si preguntase con los ojos á todos los asistentes quién era aquel personaje tan seguro de sí mismo y de los demás que habian de resolver sobre el debate. Habiéndolo sabido de boca de los que tenia mas cerca, se explicó la presuncion de su interlocutor á maravilla, y no dudó ya del resultado definitivo, sin mostrarse muy asustado por su príncipe de deber obligaciones á un regicida. Se convino en el expediente propuesto, y cada cual se fué por su lado á preparar á las partes interesadas. Mr. de Talleyrand dejó hacer á Mr. Fouché, segun la costumbre habitual de la perezosa, de dejarse despojar por la diligencia.

Vuelto cerca del príncipe Mr. de Vitrolles, le dió noticia á la par que á sus amigos del conuenido acomodo. No fué el conde de Artois de los más irritados por cierto. Embriagado con sus triunfos

y con los aplausos que su presencia escitaba en todas partes, se mostraba propenso á considerar las dificultades que se le suscitaban inevitablemente como sutilezas de escasa importancia, de las cuales el tiempo haria justicia, y se avenia á todo, con tal de que se le confiriese el título de lugarteniente general sin tardanza. Pero sus amigos, menos distraidos por la satisfaccion personal de sus antiguas preocupaciones, se sublevaban de no ver la legítima autoridad reconocida y adorada hasta cierto punto así que se presentaba á los ojos, y de verla por el contrario hasta regateada por un poder que segun las apariencias se consideraba superior á ella, bajo pretexto de que representaba á la nacion. Indignados de estas aspiraciones del Senado, opinaban que no se tolerasen á ningun precio. Tan fácilmente como habian triunfado de los *colores tricolores*, se lisonjaban de triunfar de lo que llamaban *principios revolucionarios*. Despues de desahogar Mr. de Vitrolles su corazon con ellos, no queria á pesar de todo impulsarles á imprudencias, cuya locurase le alcanzaba perfectamente, y entendia que era forzoso llegar al cabo. ¿Mas qué hacer en tan difícil coyuntura? Permanecer en París sin autoridad legítima no era posible; colocarse enfrente del Senado y á pesar suyo, no lo era tampoco, á no aniquilar este cuerpo, decretando su dissolution y cerrando el salon donde celebraba las sesiones. ¿Pero cómo ejecutar resolucion semejante? A lo sumo desde su entrada en París se contaban de ocho á diez dias, no conocian á nadie, ni siquiera á un agente de la administracion á quien transmitir una orden cualquiera. Tampoco disponian de ninguna fuerza organizada, porque los soldados



de Marmont, únicos en apartarse de Napoleón, pertenecían al gobierno provisional. Con visible repugnancia había adoptado la guardia nacional la escarapela blanca, y los soldados aliados hallábanse bajo la influencia del liberalísimo Alejandro. Demencia fuera á todas luces intentar la destrucción del Senado y del gobierno provisional en desamparo semejante, con lo cual también se espusieran á caer en el ridículo mas enorme, quizá á una desaprobación por parte de Luis XVIII, tal vez asimismo á un cambio universal de los ánimos en favor de la regencia de María Luisa, si se hubiera llegado á formalizar esta intentona contrarrevolucionaria.

Dispuesto actualmente el conde de Artois á tomar á bien todas las cosas, dijo que sin orden expresa y aprobación formal de su hermano, de ninguna manera expondría á eventualidades tan peligrosas la causa del trono milagrosamente ganado; que había necesidad de aceptar la investidura de manos del Senado, bajo las condiciones menos malas que fuera posible, apoderarse de la autoridad real cuanto antes, y ejercerla despues de la mejor manera hasta la llegada de Luis XVIII, que una vez sentado sobre el trono providenciaria lo que juzgase mas conveniente. Viendo al conde de Artois inclinado á someterse á las circunstancias, sus improvisados consejeros no osaron proseguir tenaces, y fueron de dictámen de ceder al cabo, aunque no sin modificar la declaración de que Mr. Fouché había dado la idea, atenuando especialmente el compromiso exigido al príncipe, y no mencionando mas que las bases mas generales de la constitución futura. Terminado este trabajo

Mr. de Vitrolles se volvió á avistar con Mr. Fouché, quien apenas hizo caso de estas alteraciones de forma, con tal de que subsistiese la sustancia, y de seguida se fué á preparar al Senado para la adopción del ajustado convenio.

Interin le ocupaban tales atenciones, enterado el emperador Alejandro de las dificultades que oponía el consejo del conde de Artois á las condiciones del Senado, encargó á Mr. de Nesselrode que se avistase con Mr. de Vitrolles, y le diera á conocer los designios de los soberanos aliados. Por la mañana del 14 de abril en que se iba á reunir el Senado, Mr. de Nesselrode tuvo con Mr. de Vitrolles una entrevista clara y concluyente. El ministro ruso, cuyo lenguaje por lo comun era sencillo, moderado, si bien positivo, declaró á Mr. de Vitrolles en nombre de su soberano y de los príncipes aliados, que al Senado se le debía todo, así la destitución de Napoleón como el llamamiento de los Borbones; que á no ser por este cuerpo no se hallara una sola autoridad con quien venir á tratos; que, atacado y todo como se veía entonces, lo formaban las personas de mas luces y de mayor experiencia de Francia; que con algunos emigrados, ignorantes de la situación de su país y de la Europa y de las exigencias del siglo, no se llegaría ciertamente á dominar á una nación tan formidable como la nación francesa; que de consiguiente había que ceder á las condiciones del Senado, las cuales en suma nada tenían fuera de razón; que á mayor abundamiento solo existían á la sazón dos fuerzas verdaderas, el ejército de Napoleón y las doscientas mil bayonetas de los soberanos aliados; que el ejército de Napoleón solamente quería al rey de Roma, y



que las doscientas mil bayonetas de los aliados no servirían para hacer un 18 de brumario contra el Senado, sino por el contrario para impedirlo á toda costa; que este era un propósito deliberado, y que no tenia comision para discutirlo, sino para significarlo rotundamente.

Mr. de Vitrolles, segun ya lo habia hecho antes, se retiró indignado de la influencia estrangera que habia ido á buscar á Troyes á pesar de todo, y llegó á participar al principe las comunicaciones que se le habian revelado. Mucho se clamó en contra de *aquel loco de Alejandro*, segun se apoyaba entonces al emperador de Rusia, y aguardóse con forzada resignacion el voto del Senado.

Reunido el mismo dia este cuerpo, oyó las proposiciones de Mr. Fouché, apoyadas por toda la influencia de Mr. de Talleyrand. No se dirigia por medio de buenas razones espresadas en sesion pública al Senado, sino con palabras dichas al oido de cada miembro por cabilderos hábiles y activos. En materia de cabilderos no habia quien superase á Mr. Fouché como diligente. De plano dijo á los senadores que urgia salir de aquel mal paso, é investir al conde de Artois con la lugartenencia general del reino, manteniendo las condiciones anteriormente estipuladas, á saber: la constitucion senatorial y el juramento del rey á la misma.

Bajo la influencia de lo dicho por Mrs. Fouché y Talleyrand, sin levantar la sesion votó el Senado la resolucion siguiente, que hacia honor á su firmeza, y no daba lugar al ridiculo de ningun modo.

«A propuesta del gobierno provisional y á tenor del dictámen de una comision de siete individuos;

»El Senado confiere el gobierno provisional de Francia á S. A. R. el señor conde de Artois, bajo el título de lugarteniente general del reino, hasta que Luis Estanislao Javier, llamado al trono de los franceses, haya aceptado la carta constitucional.

»El Senado resuelve que el decreto de este dia se presente esta noche por el Senado en cuerpo á S. A. R. el señor conde de Artois.

»Dado en París el 14 de abril.»

De vuelta Mr. de Talleyrand en las Tullerías, encontró allí á Mr. de Vitrolles, á quien dijo, soltando negligentemente sobre una mesa el texto de la resolucion del Senado, que no habia mas que contentarse, porque aquella misma noche iria el Senado á oír la declaracion del principe y á leerle su decreto. Yendo nuevamente Mr. de Vitrolles á presentarse al conde de Artois, le halló ahora menos acomodaticio que el dia antes. Le llenó de ira la arrogante precision de los términos en que se le conferia un poder interino y condicional; rechazó violentamente el documento que se le habia entregado, y gritó que nada tenia que ver con los señores senadores; que no los conocia ni los recibiría de ningun modo, y que sería lugarteniente general del reino en virtud de su derecho, y no en virtud de la declaracion de nadie. De esta suerte el principe mas razonable que sus amigos el dia antecedente, lo era menos ahora; y así cada cual deliraba á su turno. Pero la necesidad, que habia vencido á los amigos del conde de Artois, no podía menos de vencerle igualmente. No se tenia mayor pujanza que el dia 13 de abril el 14; no se tenia el



ejército que obedecía á Napoleon, la guardia nacional que obedecía al Senado, la numerosísima hueste aliada que obedecía al emperador Alejandro. Ya se habia pensado servirse del Cuerpo legislativo en lugar del Senado, mas popular aunque menos autorizado; pero al tantear á algunos de sus individuos mas influyentes, no habian dado mas que respuestas timidas y poco alentadoras. Además á la sazón contaba tan pocos miembros en París este cuerpo que habia imposibilidad de reunirlo. Finalmente era ya tarde, á llegar iba el Senado, y ni para un escándalo habia tiempo. Se volvió á leer la declaracion exigida al príncipe, se hizo lo posible por atenuar los compromisos, si bien dejando subsistir la sustancia, que era en suma el llamamiento de la dinastía, á condicion de dar las garantías que posteriormente han recibido el título de *Carta Constitucional*, esto es, á condicion de admitir la revolucion francesa en lo que tenia mas legitimo y respetable.

A las ocho de la noche se presentó el Senado en las Tullerías, con su presidente Mr. de Talleyrand á la cabeza.

Este personaje, cortado tan á maravilla para las representaciones en que convenia temprar la firmeza con la cortesía mas delicada, se acercó al príncipe y apoyándose en un baston segun su costumbre, y con la cabeza inclinada sobre el hombro, leyó un discurso arrogante á la vez y preciso, en que explicaba la conducta del Senado sin escusarla por que no tenia necesidad de excusa.

«El Senado (decia) ha promovido la vuelta de vuestra casa augusta al trono de Francia. Sobradamente aleccionado por lo presente y lo pasado,

»desea con la nacion consolidar para siempre la »autoridad real sobre una justa division de los poderes, y sobre la libertad pública, únicas garantías de la felicidad y de los intereses de todos.

»Persuadido el Senado de lo que los principios »de la constitucion nueva se hallan arraigados en »vuestro corazon, os confiere por el decreto, que »tengo la honra de presentaros, el título de lugarteniente general del reino hasta la llegada del rey »vuestro augusto hermano. Nuestra respetuosa »confianza no puede honrar mejor la antigua lealtad que os fué trasmitida por vuestros progenitores.

»Señor, el Senado en estos momentos de público »regocijo, obligado á permanecer en apariencia »mas tranquilo sobre el límite de sus deberes, no »se encuentra menos penetrado de los sentimientos universales, V. A. R. leerá en nuestros corazones aun á través de la circunspeccion de nuestro lenguaje...» A estas palabras firmes y respetuosas añadió Mr. de Talleyrand las protestas de adhesion que á la sazón sonaban en los labios de todos, y á la verdad usó de frases menos vacias de sentido y mas dignas que las que se formulaban comunmente.

Por su parte el príncipe respondió con el texto de la declaracion acordada—«Señores, (dijo) he tomado conocimiento del acta constitucional que llama al trono de Francia al rey mi augusto hermano. No he recibido poderes suyos para aceptar la constitucion, pero conozco sus sentimientos y sus principios, y no temo serdesmentido al asegurar en su nombre que aceptará las bases....» Despues de este explicito compromiso



la declaración enumeraba las bases mismas, esto es, la división de los poderes, la compartición del gobierno entre el rey y las cámaras, la responsabilidad de los ministros, la votación de los impuestos por la nación, la libertad de imprenta, la libertad individual, la libertad de cultos, la inamovilidad de los jueces, el mantenimiento de la deuda pública, de las ventas llamadas nacionales, de la Legión de Honor, de los grados y de las dotaciones del ejército, el olvido de los votos y de los actos anteriores etc. «Yo espero, añadió el príncipe, que la enumeración de estas condiciones os basta y comprende todas las garantías que pueden afianzar la libertad y el reposo de Francia.»—Habiendo hecho esta alocución buen efecto, alentado el príncipe de resultas, habló con oportunidad primero al Senado, y después de la manera más familiar á varios de sus individuos.—Uno de ellos no pudo menos de exclamar de este modo:—¡Bien se conoce que circula por vuestras venas la sangre de Enrique IV!—Efectivamente, interrumpió el príncipe, su sangre circula por mis venas: sus talentos desearia tener sin duda, pero á falta de sus talentos, yo tendré su corazón y su amor á la Francia.—Estas palabras excitaron calorosas aclamaciones, de suerte que el príncipe y el Senado parecieron dos poderes reconciliados del todo. Después del Senado llegó el Cuerpo legislativo, anhelante de prestar su adhesión al acto que se consumaba ante sus ojos. Algunas frases le dirigió el príncipe que indicaban cierta preferencia, pues, le dió el parabien por haber resistido á la tiranía, parabien que no podía dirigir al Senado. Esta peque-

ña lisonja, vivamente sentida por el Cuerpo legislativo, y que el Senado casi no tomó en cuenta, desapareció entre el universal alborozo.

Un éxito completo habia alcanzado el príncipe y se mostraba satisfecho hasta lo sumo. No habia dejado de inspirarle cierta timidez la idea de aparecer ante un cuerpo, formado de los personajes más ilustres de Francia, y así estaba como encantado de haber salido airoso, en términos de parecer que se habia olvidado de su enojo reciente.—A se mia, dijo á sus más allegados, que ya se contrajo el empeño; fuerza será cumplirlo francamente, y si al cabo de algunos años se echa de ver que no pueden marchar las cosas, ya se verá lo que se ha de hacer para arreglarlas de otra manera (1).

Desde este momento se podia considerar el príncipe como legalmente posesionado de la autoridad real, y así habia zanjado una de las más graves dificultades de la situación con bastante destreza. Al cabo de quince días recordó súbito que, arrebatado por el torrente de las cosas, siempre habia obrado á su cabeza, ó segun el impulso de sus amigos, y sin pensar en Luis XVIII. Ciertamente no se le podia culpar ni de desenojo ni de usurpación, pues no teniendo hora libre que dedicar á la obediencia del rey tampoco habia sido dueño más que de ceder á la necesidad en cada incidente. Pero temia á su hermano, agudo, suspicaz y cáustico. Echando pues de ver que en cuanto desde Nancy llevaba hecho, ni una sola

(1) Tal es la propia relación de Mr. de Vitrolles, amigo íntimo del príncipe.



vez le había ocurrido consultar á este hermano, que en su sentir era rey sin condiciones, casi quedó poseído de espanto—; Y mi hermano! esclamó; no hemos pensado en su persona, ni le hemos pedido parecer para nada. ¿Que dirá de todo esto?—Algo sorprendido Mr. de Vitrolles de este remordimiento tan sencillo como poco fundado, le respondió que, en medio de aquel caos, ante todo había asido la corona; que este era un primer servicio, al cual se tendría que mostrar Luis XVIII muy obligado; que por otra parte había faltado tiempo de continuo para acudir á Londres; que en la conducta observada se veía de relieve la inocencia: que además, ya era llegada la hora oportuna de comunicárselo todo; y que Luis XVIII se convencería plenamente de que hasta entonces no se había podido obrar de otra manera. Algo repuesto de su espanto, el conde de Artois eligió al conde de Bruges, para que fuese a Inglaterra á manifestar á Luis XVIII lo que se había ejecutado y por qué razones, y á tomar sus órdenes reales acerca de lo que faltaba hacer todavía y de los preparativos de su viaje á Francia.

Estando ya investido el conde de Artois con la autoridad real por el Senado, era preciso poner término á la existencia del gobierno provisional, aunque sin alejar á los hombres que lo habían formado y sin prescindir de su influencia. Aparte de la ingratitud, fuera imprudencia enorme separarse de ellos tan pronto y de una manera tan brusca. A las claras se hallaba indicado el medio de satisfacer las conveniencias todas, y consistía en transformar al gobierno provisional en consejo del conde de Artois, pues aunque estu-

viera este príncipe más al corriente que lo estaba de los hombres y de las cosas, siempre necesitaba de un consejo. Así el gobierno provisional fué convertido en consejo de gobierno, para deliberar en union del príncipe sobre todos los asuntos del Estado. Perfectamente elegidos ya los ministros en su mayor parte, y dignos algunos de ellos de gobernar en cualquier tiempo á Francia, siguieron de ministros reales, interin llegaba Luis XVIII y los confirmaba en sus puestos.

Con todo, formado únicamente del gobierno provisional el consejo del príncipe, se resentiera de incompleto bajo más de un aspecto. Allí faltaban representantes del ejército, pues no podía ser tomado por tal el anciano Beurnonville, buen oficial en otros días, y luego tan completamente olvidado que las gloriosas falanges, que habían recorrido la Europa durante veinte años, no podían ser reconocidas en su persona. Al golpe se pensó en dos personajes; uno el mariscal Suchet, á causa de sus talentos de hombre de guerra y de hombre de gobierno, y otro el mariscal Marmont, á causa del servicio relevante que acababa de prestar á la antigua dinastía. Mr. de Talleyrand no quiso á un personaje de tanta nota como el mariscal Suchet á su lado, y para asociarse al mariscal Marmont ni valor ni gusto sentía nadie. Este infortunado, que al pasarse al gobierno provisional creyó adquirir el primer puesto, así vino á ser odioso para sus antiguos camaradas, é importuno para sus nuevos amigos. Atribuyendo los militares á la defecion del G.<sup>o</sup> cuerpo más influencia de la que tuvo realmente en el desenlace de la guerra, se complacian en pensar y sobre todo en decir que:



solo por la traicion pudieron ser vencidos, y en el momento en que abandonaban á Napoleon por los Borbones, muy marcadamente se esmeraban en establecer una distincion entre el acto de *hacer traicion* y el de *adherirse*. Asi cuanto más adictos se declaraban de la antigua dinastía, más severos clamaban contra el mariscal Marmont, que vino á ser asi el traidor por excelencia. Al ver el abismo en que se habia precipitado, sin que por tal lo tuviese antes, se sublevaba el infeliz contra la injusticia de su suerte. Cuanto más le oprimian sus padecimientos morales, más se agitaba, é iba y venia de un lado á otro, ora para darse importancia, ora para prestar servicios al ejército que le fueron agradecidos, lo cual inspiróle con especialidad tanto ardimiento para defender la escarapela tricolor, y para escitar providencias contra la desercion. Pero sin alcanzar á que le absolvieran sus antiguos camaradas, ya se habia hecho molesto á quienes habia servido, por los movimientos á que se entregaba continuamente, por las pretensiones excesivas en que ponía empeño, por la reconvenccion de ingratitud siempre á punto de salirse de los labios, cuando no se hacia lo que era de su gusto. Aun se aumentaban los inconvenientes de su papel triste á causa de su vanidad, de su ligereza y hasta de su valor mismo, y se hizo una pesada carga para el partido, cuyo triunfo habia asegurado; ¡Terrible ejemplo sin duda para todos aquellos que en las revoluciones se ven tentados á salir de la línea de los deberes claros y sencillos, como derivados de su posicion respectiva! Verdaderamente era imposible nombrarle miembro del consejo supremo,

y no se pensó en tal cosa más que para decir que no habia que pensar en llevarla á cabo. Se eligieron varones excelentes, y que en el ejército gozaban de estimacion justa, aunque incapaces de ejercer política influencia; los mariscales Moncey y Oudinot, que fueron de los primeros en adherirse. Estos nuevos colegas acomodaban á Mr. de Talleyrand, como que no podian hacerle sombra. Aun se efectuó otra eleccion de muy distinta importancia, la del general Dessoles, que tampoco hacia gala de pretensiones importunas. De no muy atrás se sabia que este gefe de estado mayor de Moreau era hombre distinguido; y tal convencimiento subió de punto á la vuelta de pocos dias corridos á su lado. Inmediatamente dió pruebas de un talento exquisito, cultivado, extenso, de un carácter independiente, y de las convicciones honradas de entonces, esto es, de la persuasion sincerísima de que se necesitaba ya buscar bajo el cetro de los Borbones la paz y una prudente libertad. A mayor abundamiento el general Dessoles se supo captar en pocos dias el afecto de la guardia nacional, que alistada entre lo más granado del vecindario de París, con opiniones sanas y moderadas, iba á ser para el nuevo gobierno una fuerza de las de más socorro entre el ejército imperial ya devorado de pesadumbre, y el ejército de los aliados obedeciendo á voluntades extrangeras. De consiguiente el general Dessoles fué llamado á formar parte del real consejo por la guardia nacional y por sí mismo.

Aun quedaba otro personaje que, despues de servir de mediador entre las potestades del dia, y de correr por la causa real peligros verdaderos,



naturalmente pretendia no ser tratado como un instrumento ya inútil; y este personaje era Mr. de Vitrolles. Habiendo llegado á ser agente especial y casi amigo del conde de Artois, aspiraba á representar bajo la dinastía de los Borbones el papel de Mr. de Basano, bajo el imperio. Esto equivalia á engañar de la manera mas estraña, porque el papel de Mr. de Basano reducido á recibir las órdenes de un señor absoluto, y á trasmitirlas á los ministros, que en suma no eran mas que sus secretarios, con Napoleon habia desaparecido del todo. Sin embargo, Mr. de Vitrolles instalóse espontáneamente como secretario del real consejo, para tomar nota de sus deliberaciones, lo cual desagradó á Mr. Talleyrand sobremanera, porque juzgaba muy atinadamente que en un consejo de gobierno solo deben constar las voluntades definitivas, y no esas mil voluntades fugaces, y á menudo contradictorias, por las cuales pasan hasta los hombres mas firmes antes de llegar á sus últimas resoluciones. De esta suerte Mr. de Vitrolles se apropió este papel de llevar la pluma en el consejo real, sin embargo de que se le significó una vez y otra, no que se marchara, sino que no escribiera.

Ni así estaban satisfechas aun todas las ambiciones que se agitaban en torno del nuevo gobierno. Por ejemplo quedaba el abate de Pradt, que presumía ser tan útil como era petulante, en quien nadie habia pensado para ministro, y á quien tampoco deseaba nadie por compañero, por cuyo motivo se le colocó en un aislamiento brillante nombrándole gran canceller de la Legion de Honor. Además habia otro personaje, familiar por largo tiempo de Napoleon, de quien habia sido condis-

cipulo, y que habiendo perdido de muchos años atrás su confianza, le pagaba con un odio furibundo de la desgracia en que habia caído: este era Mr. de Bourrienne, á quien se llamó desde los primeros instantes para la direccion de correos, allí se le dejó porque allí estaba, y porque fuera difícil proporcionarle otro destino.

Entre todas estas elecciones aun no se veia figurar á muchos miembros de aquella emigracion que, vuelta á la patria en épocas antiguas ó recientes, consideraba al reinado de los Borbones, no solo como su triunfo, sino como su patrimonio. Ya algunos habian llegado de Inglaterra ó de las provincias, y se agrupaban en torno del conde de Artois, que, no pudiéndoles dar plaza en el gobierno del Estado, se limitaba á formar con ellos su gobierno particular ó su camarilla, y su clientela personal hasta cierto punto. Ya hemos hecho mencion de Mrs. Montciel y de Maisonfort, procedentes el uno del Franco-Condado, y el otro de Inglaterra, hombres de saber y de valia, y á quienes no hay que confundir con la turba de advenedizos importunos, que aspiraban á sacar provecho de todas las revoluciones. En las Tullerias estableciólos el conde de Artois, para formar á su inmediacion una especie de consejo secreto, que poseyera toda su confianza. Si el conde de Artois no admitiera á su lado mas que á hombres tales, aun cuando las dobles influencias siempre son peligrosas en un gobierno, por la calidad de la eleccion se corrigiera el mal en parte. A la par que su hermano Luis XVIII por cordura, indolencia y desden, siempre se habia mantenido á distancia de los agentes del realismo, que sin cesar iban de la Vendée y de



París á Inglaterra, siendo portadores de falsas noticias y de quiméricas esperanzas, el conde de Artois, por el prurito de mezclarse en todo y por su llaneza de trato, siempre se habia rodeado de ellos, y ya le acosaban cuanto les era posible. Efectivamente las Tullerías se llenaban de hombres que le recordaban de continuo haber hecho esto ó lo otro, ó desempeñado tal ó cual encargo, por demás peligroso segun su testimonio, y ofreciéndose á prestar nuevos servicios de cualquier clase. Unos proponian ir á los departamentos, para destituir de sus destinos á los prefectos ó subprefectos recalcitrantes del imperio, ó correr tras los miembros de la familia de Bonaparte, á fin de arrancarles las riquezas que, segun rumores, se llevaban de Francia. Otros se brindaban á librar á la nacion del tirano, si parecia conveniente, puesto que, aun destronado, nunca la dejaria en reposo mientras le durase la vida. Sin dar oidos, y sobre todo sin examinar tales propuestas, el conde de Artois acogia á estos officiosos y á todos estrechaba la mano, y no ponía en duda ninguno de sus pretendidos servicios, y á nadie manifestaba que no hacia memoria de haberle visto antes, y recibía los ofrecimientos de los unos y de los otros, y en cambio les prodigaba promesas con una abundancia de corazon y de palabras, que hacia notoria su bondad no menos que su ligereza. Sin mas afán que el de despedir contentos á todos, lo mismo trataba puntualmente á los realistas honrados, fieles á su fé limpia de toda mancha, que á los hombres cubiertos de crímenes durante las discordias civiles. A todos sin escepcion decia que era forzoso tener paciencia, que todos serían galardonados por

sus acciones, con tal que no demostraran prisa; que en los primeros momentos habia sido preciso rodearse de *gentes de Bonaparte*, por haber prestado realmente servicios que merecian ser tenidos en cuenta; pero que ya les llegaria su vez á los realistas puros, y que no se diría que durante veinte y cinco años habian padecido, amado y esperado vanamente.

Incapaz de querer lo malo á sabiendas, si bien muy capaz de dejar que se efectuase, desde los primeros dias vino á ser centro el conde de Artois de dos gobiernos, uno regular y formado de los antiguos servidores del imperio, que le acababan de poner la autoridad en sus manos; otro irregular y aun clandestino, si no se hallara al comun alcance, compuesto de los realistas oprimidos bajo la revolucion y anulados por el imperio, de los cuales habian atravesado unos por la guerra civil sin mengua de su honra, y otros se hallaban avezados á los vicios que nacen de ella. Entre uno y otro gobierno se agitaba continuamente, poniendo á los dos buena cara, soñando en conciliarlos, de modo que para su causa fuesen de provecho; doble papel en que hubiera sucumbido el hombre mas firme y mas prudente.

Entretanto era lamentable por demás la situacion de Francia, y mas urgente cada vez el remedio. A la par reinaban la desolacion y el estupor en el Franco-Condado, Alsacia, Lorena, Champaña, Borgoña, y Flandes. Las tropas enemigas, y con especialidad las prusianas, cometían atrocidades, de que nunca se habian hecho culpables los ejércitos franceses, á lo menos con tal demasia, sin embargo de haber cometido á menudo muy de-



plorables escesos en los países conquistados. Desde París y con la mejor buena fé prescribían sus monarcas la disciplina y la humanidad, pero, creyendo sus oficiales que estas ordenes podían ser desobedecidas, y que en todo caso la desobediencia quedaria ignorada ó impune, de nada se abstendian para ellos ni para sus soldados. Así tomaban lo que era de su autojo, y dejaban que se destruyese mas todavía. Especialmente en Champaña, donde fué mas activa la guerra, a cenizas estaban reducidos los lugares, se hallaban fugitivos los vecindarios, interceptadas las comunicaciones, cortados los puentes, y desfondados y cubiertos de cadáveres los caminos. Rabioso el pisanaje degollaba sin piedad á cuantos soldados extranjeros caían en sus manos. Las autoridades imperiales habian sido reemplazadas por los que se ofrecieron de voluntad propia, ó por los que se nombraron allí mismo, y unos y otros servian para exigir al país lo que necesitaban los contrarios; género de extorsion preferible sin duda á la rapina. A este espectáculo desconsolador se agregaba otro, de índole adecuada á escitar vivas inquietudes. Los ejércitos franceses, y con particularidad los que habian estado mas comprometidos, se hallaban en frente y muy cerca de los ejércitos aliados. Su primer sentimiento fué el de la gran satisfacion de ver el término de una guerra mortífera por extremo; el segundo fué el de la pesadumbre; y esta pesadumbre tornóse muy luego en furiosa ira contra los *traidores*, á quienes achacaban la desventura de nuestras armas. Poco les faltaba en su efervescencia para arrojarlos nuevamente sobre el enemigo, de cuya tentacion se libraban solamen-

te con la desercion, que, segun hemos dicho, ya habia llegado á ser un general contagio. De este modo los caminos se veian llenos de militares, que se iban con armas, bagajes y caballos por pelotones, en términos de correrse el riesgo de quedarse sin soldados, ó de tenerlos demasiado fieles y prontos á volver á empezar espontáneamente la guerra.

En las provincias, donde la invasion no habia penetrado, llenas las autoridades de vacilacion y de zozobra, recelando á la vez ó abandonar á Napoleon demasiado pronto ó adherirse á los Borbones demasiado tarde, observaban una conducta equivocada, y carecian de aptitud para contener á las poblaciones agitadas. No era grande el inconveniente hácia el centro de Francia, país quieto de suyo, y todo paraba en perplejidades, que servian á la malicia pública de divertimento. Mas en la Vendée, en el Mediodía, donde quiera que los realistas y los revolucionarios se hallaban frente á frente, la debilidad de las autoridades ocasionaba un verdadero conflicto. Por fin el impuesto y la conscripcion se reprobaban de igual modo. A imitacion del conde de Artois, se presentaron los duques de Angulema y de Berri, el uno en Gascuña y el otro en Normandía, al grito de: *Nada de conscripcion, nada de derechos, reunidos.* Anhelos comun era que la segunda de estas promesas se realizara sin demora, y desde Marsella hasta Burdeos se rehusaba pagar las contribuciones indirectas. A fin de completar este triste cuadro hay que añadir que los ingleses, fieles á la costumbre de introducir sus mercancías detrás de sus tropas, cubrieron el litoral de la Mancha, así en el Océano como en el Mediterráneo, de azúca-



res, de café, de tejidos de algodón y de hierro, que ofrecían á infimo precio, lo cual amenazaba arruinar á nuestros mercaderes y fabricantes, pues unos solo tenían almacenados géneros coloniales, despues de sufrir la tarifa del cincuenta por ciento y otros no podian dar á los consumidores mas que manufacturas fabricadas con primeras materias de escésiva carestía. Así pues, se podia agregar una catástrofe comercial á todas las calamidades de la guerra mas espantosa. Finalmente el tesoro no tenia disponible ni un solo millon de francos; en las provincias invadidas, los contrarios habian vaciado las cajas, y en las provincias no pisadas por las tropas extrangeras, se habian cesado de pagar las contribuciones.

Cuando se consideran los apuros que asaltan á todo nuevo gobierno, salido de una revolucion, se siente como espanto, y no se concibe que se pueda constituir sin un genio prodigioso. Mas para empezar nunca el genio hace falta, porque cierta especie de buena voluntad general ayuda á los gobiernos en sus principios, y solo conviene juzgarlos segun la prudencia que acreditan mas tarde, cuando ya semejan pasados los más difíciles momentos.

Ante todo se enviaron comisionados extraordinarios á las provincias con lo que se denominaba las *actas del Senado* por entonces, para darlas allí á conocer y cuidar de que fuesen admitidas y ejecutadas, y poner en libertad á los eclesiásticos y realistas presos, y atajar las vejaciones que reconocian la conscripcion por causa, y hacer un detenido exámen de las autoridades locales, prefectos, subprefectos, alcaldes, á fin de atraerlos á la cau-

sa de los Borbones ó de destituirlos de sus cargos. Estos comisionados fueron elegidos con miras conciliatorias, y se les dieron muy prudentes instrucciones. Su nombramiento fué una especie de mezcla de *gentes de Bonaparte* (como se llamaba á los que en la escuela de Napoleon habian aprendido el manejo de los negocios, y supieron abandonarle á tiempo), y de grandes señores de otros dias, benévolos y moderados, como es comun serlo el primer dia del triunfo. Confundidos vieronse de resultas el mariscal Kellermann enviado al tercer distrito militar (Metz); el conde Dejean al undécimo (Burdeos); el duque de Placencia, sobrino del archilesorero Lebrun, al décimo cuarto (Caen); Mr. Otto, el antiguo diplomático, al vigésimo primero (Bourges); el general Marescot, compañero de desgracia del general Dupont, al vigésimo (Perigueux); el conde Julio de Polignac al décimo (Tolosa); el conde Roger de Damas al cuarto (Nancy); el conde Augusto de Juigné, sobrino del antiguo arzobispo de Paris, al séptimo (Grenoble); el conde Bruno de Boisselin al octavo (Tolon); el caballero de La Salle, hijo del antiguo gobernador de la Alsacia, al quinto (Estrasburgo); el conde Alejo de Noailles al décimo nono (Lyon) etc. Tan diversos personajes se pusieron inmediatamente en camino, para llevar á los departamentos la buena nueva de la vuelta de los Borbones, de la paz, de la libertad constitucional, y para atraer los ánimos á esta revolucion.

Tratóse de distribuir lo mejor posible el ejército concentrado por Napoleon en torno de Fontainebleau, y de relevar á los gefes que no inspi-



rabán confianza. Diseminada fué la Guardia imperial, que reunida formaba un foco temible, en los departamentos, donde su espíritu no podia llegar á ser peligroso. Dejada en Fontainebleau la Vieja Guardia, envióse la Joven á Orleans. Acan-tonada fué en Bourges, Saumur, Angers la caballería de la misma Guardia, y la artillería en Vandoma. El 6.º cuerpo, que bajo el impulso del mariscal Marmont y de sus generales de division, se habia separado de la causa imperial, fué establecido en Rouen y su contorno. En union de la caballería del conde de Valmy, dirigióse á Evreux el 7.º cuerpo, al mando de Oudinot y compuesto en su mayor parte de las tropas traídas de España. A las órdenes de Macdonald y con la caballería de Milhaud marchó el 11.º cuerpo á Chartres. Tanto el 2.º cuerpo, del general Gerard, como la caballería de Saint-Germain partieron para Nevers. Para ponerlas á disposicion del emperador de Rusia se juntaron en Saint-Denis las reliquias de los polacos. Igualmente se reunió en Dijon á los croatas para restituirlos al príncipe de Schwarzenberg, y en Saint-Germain á los belgas, para restituirlos al príncipe de Orange. No eran de temer las colisiones de las tropas francesas con las extrangeras en estos cantones. El general Maison, que se acababa de distinguir por la campaña de Belgica y por su vigor en mantener la disciplina, continuó á la cabeza de las tropas de Flandes. Al mariscal Davout se le reputaba por tenaz parcial del imperio: su resistencia en Hamburgo exasperó á las monarcas aliados: su nombre hacia temblar en Alemania á todos los enemigos de Francia: no habia titubeado en disparar

contra la bandera blanca, porque se la presentaron junto á la bandera rusa, y aun no prevaleciendo una gran intolerancia, semejantes actos le inhabilitaban á los ojos del nuevo gobierno. En su reemplazo envióse al general Gerard á Hamburgo. Se dejó al general Grenier que trajese el ejército de Italia, sin prescribir cosa alguna respecto de su persona, y á Angereau que mandara durante la paz las tropas del Delfinado, tan mal dirigidas por el mismo durante la guerra, si bien no estaba dispuesto á entregarlas á Napoleon, si se ha de juzgar por su última proclama. Finalmente, acerca de los mariscales Soult y Suchet determinóse bajo la impresion de las noticias que acababan de llegar entonces. Segun estas noticias, Suchet habia aparecido tranquilo y moderado. Soult, recalcitrante, hostil, adicto fuera de toda medida al impeio. De resultas se le previno que cediera el mando al mariscal Suchet, quien reunió así á sus órdenes los antiguos ejércitos de Aragon y Castilla.

Despues de estas urgentes providencias, aún faltaba tomar respecto del ejército una resolucion grave. Se trataba de la conscripcion nada menos, institucion indispensable, si bien á la sazen universalmente detestada. A pesar de las imprudentes promesas de los principes, se adoptó la resolucion juiciosa de no prescribir nada en cuanto á lo presente, y de aplazar así todas las cuestiones de alta importancia, bajo pretexto de reservarlas, de la manera mas respetuosa, para cuando viniera el monarca. Solamente que, siendo forzoso tomar la desercion en cuenta, se decidió que los conscritos de 1845, sacados en 1814, segun la costumbre im-



perial de anticipar las conscripciones un año, se pudieran quedar en sus hogares, si aun no habian ingresado en las filas, ó volver á ellos si ya se habian incorporado á sus banderas. Esto no era más que legalizar un hecho ya consumado casi en todas partes. Se contaba no sin razon con que los hombres, que regresaban en gran número de Italia, de España, de Alemania, de Rusia, de Inglaterra, bajo título de guarniciones rendidas, ó de prisioneros ya libres, suministrarían al ejército una masa de soldados excelentes, y hasta muchos más de los que se podrian pagar de seguro.

Lo de cubrir las atenciones iba sin duda á ser una de las principales dificultades del nuevo gobierno. Al Tesoro habia hecho Napoleon vivir en los últimos dias de su reinado, prestándole dinero, que sacaba de sus economías de la lista civil después de agotados los recursos extraordinarios. De los ciento y cincuenta millones que habia economizado bajo aquel concepto, le quedaban no más que diez y ocho en el mes de enero de 1814, segun se ha visto, y aun se habian encontrado en Orleans diez con su propia vajilla, que fueron arrancados de manos de María Luisa. Los que llevaron á cabo la expedicion esta quisieron conducir á las Tullerías los furgones en que iban los diez millones, como una porcion recuperada del erario, que deseaban presentar al conde de Artois en homenaje; y efectivamente á la puerta del príncipe llegó el depósito intacto.

Cuando el baron Lonis, ministro de Hacienda, conoció el hecho, se irritó hasta lo sumo. Ya hemos consignado que era un espíritu ardiente, si bien superior é imbuido en los principios rentísti-

cos más sanos, muy al cabo de todos los recursos que se podian sacar del crédito, y con más idoneidad que otro alguno en las circunstancias actuales de hacer el ensayo y de salir airoso. A la elevacion y profundidad de miras juntaba un amor á la regularidad que rayaba en pasión. Calorosamente habia abrazado la causa de los Borbones, no por armonía de sentimientos con la emigracion, sino por sincero deseo de una prudente libertad, que esperaba solo de los Borbones. Con todo, á pesar de su adhesión al nuevo gobierno, sabedor de qué habian sido llevados á las Tullerías los diez millones que necesitaba indispensablemente, manifestóse encolerizado, así por la privacion de esta suma, como por la irregularidad de su destino. Congregando á los principales personajes que formaban el ministerio, y al Consejo del príncipe, les denunció el hecho y declaró que presentaria su dimision motivada si no se remitían al instante los diez millones al tesoro. Todos se esforzaron en aplacarle y le aconsejaron que se avistara con el príncipe y le diera á conocer de una manera templada y conveniente las reglas establecidas desde 1789 para la administracion de la fortuna pública, bajo la seguridad de que obtendria satisfaccion completa.

Algo más sosegado el ministro se dirigió á las habitaciones del conde de Artois de seguida, le sorprendió sin causarle disgusto con el vigor de su lenguaje, y le halló dispuestísimo á restituir una suma que no pensaba en apropiarse de ningún modo, y de la cual usara cuando más en favor de sus amigos desgraciados y faltos de recursos; si no se le dijera que pertenecía al Estado,



y que además era indispensable para satisfacer las públicas atenciones. Restituidos fueron los diez millones, salvos quinientos mil francos próximamente, necesarios para el sostenimiento de la casa del príncipe.

Este socorro, llegado á tiempo muy oportuno, y obtenido en valores metálicos, tenía aun mas precio. Acaso ningun hombre ha comprendido mejor que Mr. Louis que el secreto del crédito estriba en la puntual exactitud para cumplir los compromisos. Comun propension de los partidos es en casi las épocas todas, no dar mucha importancia á los empeños de sus predecesores, y á la sazón tampoco faltaban realistas muy inclinados á mirar como poco respetables las deudas de la revolución y del imperio. Mr. Louis dijo sin rebozo alguno que dispuestísimo como estaba á defender los caudales del tesoro, no los defendería hasta el extremo de defraudar a los acreedores del Estado de lo que les era debido; y que por consiguiente, las deudas anteriores, cualquiera que fuese su origen ó su causa, de fijo serian puntualmente satisfechas, añadiendo, para que esta declaración fuese formal á todas luces, que estaba resuelto á mantener las contribuciones existentes, á pesar de los clamores de los partidos y de las masas populares. Algunas palabras irreflexivas pronunciadas por los príncipes en los primeros instantes, no debían ser en su concepto una razon para apartarse de los verdaderos principios en materia de hacienda. De necesidad absoluta eran los derechos reunidos y la conscripción, porque á todo gobierno le hacen falta hombres y dinero, y por consiguiente se debía tener valor para sustentarlos. Ni

la presencia del conde de Artois, el mas pródigo de los príncipes en aventurar imprudentes promesas, arredró lo mas leve al vigoroso ministro, y así expuso que si no se decretaba al punto el mantenimiento de todas las contribuciones ordinarias y extraordinarias ya votadas para el año de 1814, seria imposible cubrir las atenciones, y que por su parte no cargaria con esta responsabilidad de ninguna manera. Se le dió satisfaccion cumplida, no sin añadir que á la llegada del rey se procedería á un maduro y definitivo exámen de las contribuciones existentes. Así Mr. Louis hizo que subsistieran por entonces los derechos reunidos, excepto algunos cambios de forma concedidos á la pasion del dia. Por ejemplo, el derecho llamado *de detalle*, impuesto sobre las bebidas espirituosas, siempre ha sido el mas odioso para las masas populares, porque se cobra en la taberna. Al mantenerlo Mr. Louis otorgó, que para las ciudades en donde hubiese resguardo, se pudiera convertir este derecho de detalle en un aumento sobre el derecho *de entrada*. Igualmente se avino á algunas modificaciones en el derecho llamado *de movimiento*, que se percibe en el instante de acarrear las bebidas de un punto á otro. Salvo estas ligeras concesiones, se mantuvo inflexible Mr. Louis sobre el principio mismo del impuesto y atrajo á su dictamen al consejo todo. Mr. de Talleyrand y sus colegas se sonreían del ardor del ministro de Hacienda, pero aun con la tal sonrisa daban al conde de Artois el ejemplo de respetar aquella pasion tan rara por el bien público y de manifestarse condescendientes. Ignorante á la par que flexible y olvidadizo además de sus promesas, el conde de Ar-



tois dejó obrar al Consejo y al ministro, hallándose todavía muy dispuesto á escuchar á los hombres que pasaban por instruidos en lo que ignoraban absolutamente él y sus compañeros de infortunio.

Fino y pronto tienen los intereses el tacto, y rápidamente dan á quien la merece su confianza. Muy luego se supo que habia un ministro de Hacienda, resuelto á pagar sin excepcion las deudas legitimamente contraidas, y que para efectuarlo no temia sostener las contribuciones necesarias, importándole poco ser impopular á trueque de establecer el crédito del Estado. Efectivamente, fundóse, como por arte de encantamento, merced á la paz ya asegurada, merced á un ministro que profesaba principios firmes y los sustentaba de plano. Los hombres de negocios, primeros órganos de la confianza pública, se mostraron celosos en ayudar á Mr. Louis, y acto continuo pudo éste recurrir á una medida que poco antes fuera imposible, la de crear valores á corto plazo, esto es, bonos reales.

En los estados modernos ha sancionado el uso dos clases de deuda, la consolidada, cuyos efectos ó títulos no tienen plazo ó lo tienen muy remoto, y la flotante, cuyos títulos son á corto vencimiento, y cuyo interés varia segun la situacion del crédito. Así en Inglaterra y en Francia existen los títulos de la renta perpétua, y los bonos del *échiquier* ó del tesoro. Tan grande habia sido bajo el Directorio el descrédito de resultas de la bancarota, que durante el imperio jamás habia podido Napoleón emitir bonos del tesoro, y que habia necesitado disimular al mas comprometido, esto es, al tesoro mismo. Así recurrióse primero á los bonos

de los recaudadores generales, y despues de crear prudentemente Mr. Mollien la caja de servicio se convirtieron los bonos de los recaudadores generales en bonos de esta misma caja. Realmente eran bonos del tesoro, salvo que no se osaba darles su verdadero nombre. Tal era la penuria de la caja de servicio el año de 1814 que no se podia añadir un solo efecto á los que ya tenia en circulacion. No vaciló Mr. Louis en crear una nueva deuda flotante, emitiendo diez millones de francos de bonos reales á corto plazo y con interés proporcionado á las circunstancias de entonces. Gracias á la confianza que inspiraba el ministro, estos diez millones fueron acogidos sin repugnancia. Diez millones se habian recogido en Orleans en especies metálicas; las contribuciones mantenidas, aunque no cobradas en ciertas provincias, suministraron algunos recursos, y así para el primer mes se pudieron facilitar á los diversos ministerios cincuenta millones en moneda contante, la cual permitió poner todos los servicios al corriente. De pronto recibieron los negocios un feliz impulso que contribuyó sobremanera á reanimar el crédito de que el Estado tenia que vivir en adelante. Al paso que Mr. Louis empezaba á fundar el crédito de este modo, no dedicó menos firmeza á mantener el orden, que fué el mérito principal de la hacienda del imperio, é hizo proseguir la costumbre de presentar al consejo todos los meses el cuadro de las necesidades del mes siguiente para conocerlas á fondo, y aplicar á ellas los recursos indispensables.

De consiguiente la hacienda, trabajo el mas árduo del nuevo gobierno, ya habia salido del pri-